

V CONCURS

de narracions curtes

JOSEP SUJER I PALET

V Concurs de narracions curtes

Josep Soler i Palet

Concurs organitzat conjuntament per
l'Ajuntament de Terrassa i l'Ateneu Terrassenc

V Concurs de narracions curtes Josep Soler i Palet

1a edició (digital): abril 2015

Revisió dels textos: **Fina Ginesta**

Ajuntament de Terrassa

Servei de Cultura

Servei de Comunicació

© Ajuntament de Terrassa

El jurat del V Concurs de narracions curtes Josep Soler i Palet ha estat format per:

Amadeu Aguado, Lídia Anoll, Josep Corominas, Maria Costa, Jordi F. Fernández,
Aurèlia Llach i Montse Llovera

ÍNDIX

PRESENTACIÓ	5
Roberto Blasi LOS CUENTOS DEL BOSQUE. Drama en el Espolón del Depredador	6
Raquel Besora Anoll ENDAVANT, SEMPRE ENDAVANT	12
Montserrat Sauret i Manén LES CLAUS	
Marienka Bellostas Puig DÈCIMES DE SEGON	20
Ivan Martos Aguilar DESCUBRIENDO...	24
Esther Valero Álvarez EL DILEMA DE LOS NIÑOS PREDADORES. Marie Curie	30
Francesca Caballero Priego EL RETORNO DE ELISA	34
Montse Villares Muñoz LA MOCHILA	40
Rosario López Pinto NAVEGANDO ENTRE LETRAS	46
Dolors Frigola Comas PLUJA D'ESTELS	50

PRESENTACIÓ

A Terrassa, la Cultura no s'atura. Cada dia, la ciutat és seu de representacions i expressions artístiques de tota mena, ja siguin de dansa, de teatre, literàries, audiovisuals,... Amb els anys, Terrassa ha esdevingut una ciutat amb ànima cultural, que li han atorgat un lloc privilegiat en l'escenari cultural del país. Aquesta capitalitat cultural és un dels nostres símbols d'identitat, que se suma a tots els altres que defineixen la diversa, plural, proactiva i dinàmica ciutat de Terrassa.

Entre aquests símbols d'identitat cultural, hi ha la Diada de Sant Jordi. Per aquesta celebració, la ciutat s'omple de roses, llibres i senyeres, en la gran festa cívica i cultural de la cultura catalana. Sant Jordi, igual que a la majoria de pobles i ciutats del país, és la màxima expressió ciutadana de cultura popular, accessible per a tothom i una expressió multitudinària d'esperit de convivència, de civisme, de pau i de llibertat.

Com cada any, la Diada arriba carregada de nombroses presentacions i publicacions de noves obres literàries. Un cop més, publiquem, per cinquena vegada, l'edició del Concurs de Narracions Curtes Josep Soler i Palet. Un recull de relats que mostra la creativitat literària i el compromís de participació de la ciutadania de Terrassa. Una mostra més de la riquesa, diversitat i dinamisme cultural de la nostra ciutat

Espero que gaudiu d'aquesta publicació, dels llibres, de les roses i de tota la Diada de Sant Jordi.

Jordi Ballart i Pastor

Alcalde de Terrassa

Roberto Blasi

Primer premi

LOS CUENTOS DEL BOSQUE. Drama en el Espolón del Depredador

Una vez se realizó una escalada en las afueras del bosque. El lugar escogido para dicha actividad estaba después del río, remontando los prados cubiertos de nieve. Era un lugar sombrío donde el sol no alcanzaba a calentar la pared. Era la cara norte del pico conocido como el Espolón del Depredador. La cara más norte y más fría de cuantas existían en el Valle de Ur. Allí se habían reunido cuatro atrevidos alpinistas que intentaban llegar a la cumbre del espolón. Pero el reto no estaba en alcanzar la solemne cumbre, que en esta época del año se veía constantemente azotada por el viento. El objetivo respondía a intereses mucho más mundanos y prácticos. Se trataba de subir el desplomado pilar rocoso de unos 1000 metros de altura con la intención de capturar un precioso tesoro. Seguramente se hubiese podido alcanzar la cumbre del pilar por un buen camino que se ocultaba del lado este. Pero estaban en pleno invierno y los buenos caminos se encontraban impracticables. El hielo y la nieve impedían el acceso de cualquiera. En el bosque no había nacido ninguna criatura equipada para tan peligrosa aventura sobre roca y nieve. Por lo tanto a estos cuatro escaladores no les quedaba otra opción que subir por el desplome

y arriesgarlo todo. O abandonar la loca idea. Esa alternativa solo suponía el fracaso.

Se habían realizado en el pasado cientos, quizás miles de escaladas como ésta. Y todas habían terminado en tragedia. Pero el pasado histórico de tales aventuras no perturbaba a los cuatro solitarios aventureros. ¿Qué podía arrastrar hasta allí a cuatro solitarias criaturas dispuestas a dejar la vida en el intento? ¿Qué? Pues la avaricia y el hambre. Era un reto para fuertes escaladores del bosque. Ni el lobo, el águila, el castor o el oso lo hubiesen intentado. Ellos no tenían ni idea de trepar. Eran demasiado pesados, grandes y además estaban mal preparados para escalar... El tesoro, por lo tanto estaba fuera del alcance de ellos. El tesoro, así lo llamaban los ancestros, era lo que quedaba de una antigua colonia de abejas. Eran sin duda abejas extranjeras, que tuvieron la desafortunada idea de intentar prosperar en un agujero de piedra caliza pura, ubicado en la cara norte del Espolón del Depredador. Pobres bichos... las abejas. Las mató el invierno que llegó de pronto y con violencia, como era normal en estos parajes. Los viejos y sabios camaleones, los búhos y las lechuzas que vivían en el bosque de hayas enormes y milenarias, sabían que las tormentas podían matar a cualquiera que desafiara las montañas.

Los cuatro valientes, ajenos a las teorías de otros y sintiéndose seres superiores de la tierra, marcharon hacia la pared. Los cuatro deseaban la miel y las larvas que seguro estaban allá arriba, en el pilar de las abejas extranjeras. Los cuatro que marchaban juntos, pero que no formaban ningún equipo eran los siguientes: una pareja de arañas rojas de patas peludas, una elegante hormiga guerrera que lucía con orgullo su poderoso cuerpo de color negro brillante. Y finalmente un escarabajo formidable, ancho de espaldas, fuerte y fiero a quien se le conocía por el nombre de Arn Mangunsson. Arn destacaba sobre los otros por el increíble tamaño de su caparazón adornado de hermosos puntos azules.

Se reunieron de madrugada, antes del amanecer, al pie de la pared y comenzaron el ataque. Hacia frío y todos frotaban

con locura sus patas para entrar en calor. La hormiga, Alex Om, daba vueltas, círculos cada vez más cerrados en un intento por calentarse. Nadie había dicho a que hora saldrían, nadie había convocado este encuentro. Pero los cuatro valientes insectos estaban allí. No habría turnos ni se equiparía una vía. Era subir ahora o como ya se explicó fracasar. Arn, el escarabajo, fue el primero en salir en busca de la gloria. Aprovechó los primeros rayos de sol, que iluminaban tímidamente la pared pero que no calentaban en absoluto, para escoger la vía. Entonces se lanzó como un loco hacia las rampas de piedra pulida que precedían el desplome. Se le veía fuerte y decidido. Las arañas esperaron y la hormiga se apartó un poco, quizás deseaba mirar como lo hacia el escarabajo. Quizás quería estudiar la vía de su contrincante.

Arn Mangunsson subía al principio con movimientos dinámicos. Pero después de un rato se le veía lento. Apretaba con demasiada fuerza los cantos de la pared. Cuando llegó al desplome sudaba mucho y respiraba con dificultad. Cuando la pared se puso de verdad difícil, Arn Mangunsson se sintió en apuros. Estaba a punto de caer, sus patas le fallaban y cuando trataba de saltar al siguiente cuerno de roca, cayó. Tuvo suerte y lo detuvo una amplia repisa.

En ese momento los otros tres iniciaron sus escaladas.

Arn se recuperaba, cuando vio a los otros avanzar hacia él. Así que sin pensárselo dos veces recommenzó la escalada. Subió muchos metros, sudando, jadeando. Y de nuevo llegó al límite de sus fuerzas y cayó. Cogió mucha velocidad en la caída y rebotó contra las compactas placas de caliza gris. Rodó hasta el pie de la pared y todavía cayó unos cuantos metros antes de detenerse. No se movió. Las arañas y la hormiga se quedaron mirando, a ver si estaba vivo. Nada. No se movía.

De pronto estiró una pata, en medio de una convulsión. Luego las otras y finalmente se incorporó. Su caparazón de puntos azules le había salvado la vida. Pero ya no tenía ganas de continuar o de intentarlo de nuevo.

-Me despido insectos, el reto es demasiado difícil, marchó a casa- Arn Mangunsson se despidió con una pomposa reverencia,

dio media vuelta y se marchó cuesta abajo, hacia el bosque de hayas. Los otros no pudieron ver la sonrisa de satisfacción que se dibujó en su rostro. Salvó su vida y le quedó bien claro que esta aventura se cobraría algún alma. Probablemente todos morirían en el intento de llegar a la jugosa cueva de las abejas.

Alex Om, la hormiga, sintió que ésta era su oportunidad y comenzó a escalar más rápido que Kelly y Joan. Arn Mangunsson ya no estaba a la vista. La oscura hormiga guerrera evitó la zona lisa de la pared. Buscó una fisura ancha por donde pensó que podría trepar con seguridad. Mientras tanto las arañas, actuando en equipo, continuaron trepando por el mismo lugar exacto donde el escarabajo azul había fallado. La más pequeña de las arañas, Kelly Anderson, subía de primera. Tras ella dejaba, a modo de cuerda, un fino hilo de seda. Muy fino pero muy resistente. Y para aumentar la seguridad de su táctica, hacía algo muy inteligente. Cada 60 metros pegaba a la pared una gruesa bola de tela de araña con la cual fijaba la cuerda de hilo de seda contra la fría pared de piedra. Para Kelly estos artilugios eran seguros. Tardaba mucho en subir pero el sistema era a prueba de bombas. Cuando se cansaba de tejer la telaraña simplemente se colgaba de la cuerda de seda a descansar. Y al estar colgada así sentía un placer enorme. Sentía una mezcla de fuertes emociones que era lo que más le gustaba en el mundo. Podía estar así colgada todo el día, sonriendo y mirando a su alrededor. Mirando el paisaje, pero sintiéndose minúscula e insignificante, como un trozo del cosmos prendido en algún punto de la pared infinita.

Abrir vías en pared con este estilo era la especialidad de Kelly Anderson. Y todo hubiese sido perfecto si en ese momento no le hubiese gritado Joan Casamort, la otra araña que le acompañaba. – ¡Voy subiendo enana apestosa!- Joan, con sus ocho patas poderosas y peludas, trepaba por el sistema de telas de araña y finos hilos. Entonces Kelly, medio adormecida por la espera en la reunión, volvía a la realidad del presente y continuaba su labor de tejedora de las alturas. Con la ayuda de este sistema las arañas ya habían superado la mitad del desplome. El sol ya estaba bastante alto sobre el horizonte. La lejana montaña de Damavamir

brillaba gracias a su manto perfecto y triangular de cristalina nieve perpetua. Era mediodía. Mientras las arañas se afanaban en su cansada labor, la hormiga subía a gran velocidad por la fisura, sin la ayuda de la cuerda de seda ni complicadas historias. Escalando en libre. Era un puntito poderoso, ligero y negro que corría hacia su destino.

Todo hacia suponer que la hormiga guerrera, intrépida, solitaria y eficiente, vencería a las arañas. Kelly y Joan Casamort subían a su propio ritmo, lento y laborioso. Por el contrario el ascenso de la hormiga Alex Om era ágil y rápido, pero altamente arriesgado.

Temerario es quien intenta algo sin dar opciones al error. Y el caos siempre está presente en la naturaleza. La hormiga presa de su propia velocidad cayó en la trampa. Cuando el desplome parecía haber terminado y sólo restaban unos miserables metros hasta la antigua colonia de las abejas Alex Om sufrió una caída. Se quedó cogida de una sola pata...

Debajo le esperaban más de 300 metros de abismo. Seguro que se destrozaría contra el suelo y moriría. Pobre hormiguita. Alex Om, comenzó a chillar de lo lindo y a gemir presa del pánico, sintiendo la angustiosa soledad de su existir en medio del cielo y la tierra.

Las arañas vieron todo lo que ocurría y se desplazaron con velocidad, ahora sí, hacia la hormiga, intentado el rescate en pared más espectacular de la historia. Se colocaron justo debajo de ella y en menos de 3 minutos Joan y Kelly tejieron una tela de araña gigante que serviría de red paracaídas. “Que bien –pensó Alex Om- estoy salvado”. Kelly y Joan Casamort le hicieron señales para que Alex Om se dejara caer. La hormiga cerró los ojos y dejó caer su ligero y negro cuerpo. Fue recogida con suavidad por la red que le esperaba muchos metros más abajo.

Acto seguido las arañas se aproximaron a Alex Om. Indefensa y aturdida por la espectacular caída se encontraba atrapada en la red. La tela de araña no le dejaba moverse ni un milímetro.

Las arañas, Kelly y Joan, que estaban cansadas y

hambrientas agradecieron el manjar. Les vino de lujo. Se comieron a la hormiga, la devoraron entera: patas, cuerpo y antenas. No quedo nada. Recuperaron sus fuerzas. Solo les faltaba un cigarrillo para celebrar el improvisado festín, que literalmente les cayó del cielo.

Kelly y Joan Casamort se echaron una buena siesta. Después estiraron sus cuerpos, agitaron sus peludas patas y siguieron subiendo hasta la antigua colonia de abejas. Allí se apoderaron de todo lo que encontraron. Primero se dedicaron a engordar para tener aún mas reservas para el descenso. Pasaron tres noches en la cueva de caliza de las abejas. Luego se dedicaron a la gran labor de envolver todo lo que sobró en paquetes cubiertos de seda. A eso dedicaron todo un día. Al final eran 27 fardos. Las arañas durmieron muy cansadas y al amanecer se pusieron a trabajar, descolgando los perfectos petates de seda, uno por uno pared abajo. Fue la maniobra de cuerdas mas épica de la historia del bosque de las hayas. Al llegar a la oscura base de la pared, el sol se ocultaba por el horizonte. Pronto se hizo de noche y miles de estrellas alumbraron el firmamento. Había sido un triunfo absoluto. Los fuertes y despiadados Kelly y Joan, habían alcanzado la victoria.

Fin

Raquel Besora Anoll

Segon premi

ENDAVANT, SEMPRE ENDAVANT

Fugir, fugir, fugir

Desaparèixer per sempre i no haver de tornar mai més. Marxar a un lloc on no pugui trobar-la, on no pugui humiliar-la, on no pugui manar mai més sobre el seu cos ni sobre la seva ment.

Cada nit, quan per fi ell s'havia adormit, l'Èlia, una noia de 30 anys, rossa, menuda, amb cara d'àngel, però amb uns immensos ulls blaus sense ni una espurna de vida, s'escapolia i s'enfilava per una petita escala metàl·lica que la portava a dalt de la teulada. Allà dalt, el silenci era absolut. Ni crits, ni veus, ni cops.... res, només ella i ningú més.

Els terrats i teulades del veïnat es divisaven a la perfecció, al fons els blocs de pisos del final del carrer, i encara més enllà, el campanar de l'església.

S'asseia, arronsava els genolls i els envoltava amb els seus braços. Mirava amunt i desitjava ser un d'aquells estels brillants i llunyans fora de l'abast de qualsevol que volgués fer-los mal.

Els veia allà dalt, tan iguals, tan perfectes, envoltats del mantell protector i obscur que era el cel en aquells instants.

L'Èlia els observava fixament i quan un estel feia una pampalluga, pensava que era un senyal. Estava convençuda que era la seva

mare, o la seva àvia, o alguna de les poques persones que havien estat importants a la seva vida i que ara ja no eren amb ella per fer-li costat.

No hi havia nit que un vel de llàgrimes no acabés impedint-li poder contemplar el magnífic cel estrellat que lluia al seu damunt.

El cor se li encongia, l'angoixa s'apoderava d'ella i les llàgrimes començaven a brollar incontrolades dels estanys sense ànima que eren els seus ulls. Sense parar-se, lliscant-li galtes avall i mullant-li les mans i els genolls.

La seva vida no havia estat mai seva. Del seu record, sempre havia estat presonera d'algú. Inicialment del seu pare, després del seu marit....

Tot el que hi havia d'important, ho havia perdut. Tot el que havia estimat, ja no hi era. Tot el que en algun moment podia il·lusionar-la li regalimava entre els dits abans i tot que s'hagués materialitzat. Quan l'Èlia estava sola a la teulada era quan realment es sentia lliure. Eren els únics instants en què somiava sense que ningú la fes tornar a la realitat. Somiava com li hagués agradat viure, què li hagués agradat sentir, i amb qui li hagués agradat compartir la seva existència....

Però només eren això, instants minúsculs de somnis incomplets, de vides que no viuria, de sentiments que no sentiria i d'amors que no estimaria.

Una nit que havia pujat a la teulada com totes les altres, va sentir com la son la vencia, però s'hi trobava tan bé que es va arraulir sobre si mateixa i no va voler baixar.

Per fi, la son la va abraçar i la va traslladar a un món nou. Un món diferent. Un món on es veia a ella mateixa amb uns altres ulls.

En aquest somni apareixia un home.

No podia veure-li el rostre, no sabia com era, ni l'edat que podia tenir, però si que escoltava la seva veu. Una veu greu, potent, amb una força i una seguretat, que encara que no cridava gens, desprenia autoritat i al mateix temps oferia confiança.

L'Èlia va quedar captivada. Era la veu més seductora que havia sentit mai. Per uns instants va poder imaginar com afectava a Ulisses el cant de les sirenes, perquè aquella veu s'estava

apoderant d'ella, de la mateixa manera que les nimfes del mar s'apoderen dels mariners.

L'home sense rostre se li va acostar, va seure al seu costat i va continuar parlant.

L'Èlia el sentia proper... La veu l'embolcallava, es sentia protegida i per primer cop a la seva vida, no va tenir por.

L'escoltava, sabia què li deia, però a la vegada era com estar al Paradís. Es veia ella mateixa tombada a l'ombra d'un arbre immens, sobre una herba llarga i verda, de la qual podia sentir-ne fins i tot la humitat i l'olor.

Hi havia una remor de fulles, que es bellugaven al ritme d'una lleugera brisa, i també, una mica més lluny, el brollar d'aigua d'un riu o d'una font.

La veu l'obligava a plantar cara a la vida, a deixar d'una vegada per totes de seguir aquell camí que algú li havia marcat, sense tan sols preguntar-li si era el que ella desitjava. Un camí que només l'havia convertit en una dona trista, desgraciada i invisible als ulls de tothom.

L'animava a què fos ella qui dibuixés el seu propi destí, que fos ella qui s'obligués a viure la seva pròpia vida i no la que algú li havia dissenyat.

L'Èlia volia replicar, però no s'atrevia. Volia dir-li que ella no tenia el coratge ni la força necessària per poder aconseguir-ho, però abans que les paraules sortissin de la seva boca, la veu ja li responia.

- Tens la força, tens el coratge i encara que no ho creguis, també tens la intel·ligència necessària per sortir-te'n.

Finalment, i abans de desaparèixer, la veu li va dir:

- I recorda Èlia... que el passat ja ha fugit, el futur encara no hi és, però el present és ara, i és teu.

L'Èlia es va despertar de cop. Estava desorientada, el cor li batejava amb molta força i va necessitar una bona estona per adonar-se que seguia dalt de la teulada i que tot havia estat un somni. Però el somni havia estat molt real. Tan real, que encara que l'home no era al seu costat i ja no sentia la veu, podia percebre'n el so i la presència.

Un estel fugaç va passar davant seu en aquells moments, i l'Èlia que creia tant en els estels, va pensar que per força havia estat un senyal.

El somni l'havia ajudat a obrir els ulls. Acostumada al que havia viscut al llarg dels anys, estava conformant-se en viure una vida que no volia, amb algú que no estimava i fent tot el què no desitjava. Amb una energia desconeguda, va baixar la petita escala metàl·lica, va agafar l'abric i la bossa, i amb una seguretat que ignorava fins i tot que tingués, va obrir la porta i va sortir al carrer. No va pensar ni per un moment en què estava fent, què passaria marxant d'aquella manera, però realment, tant li feien les conseqüències que això pogués tenir.

Va caminar fins al final del carrer, va arribar a la plaça del poble i allà, per primer cop, es va adonar que anava més dreta, que aquell pes que sentia sempre damunt de les espatlles, s'estava alleugerint, que ja no arrossegava les cames i sobretot, que els seus ulls miraven endavant i no a terra com solien fer-ho.

Va veure que al mig de la plaça hi havia un taxi, s'hi va dirigir, va obrir-ne la porta i va seure al darrera.

De cop, sense saber perquè, un calfred li va recórrer tota la columna, el cor li volia sortir del pit, i encara que no veia al conductor, va saber-ho de seguida.

Aquella veu....., aquella veu que li havia transformat la vida, li va dir:

- On anem Èlia ?...

I l'Èlia va saber-ho..... i amb un somriure que li va il·luminar els ulls, va respondre:

- Endavant, sempre endavant....

Montserrat Sauret i Manén

Tercer premi

LES CLAUS

En Frederic feia una ullada a la informació que l'agència de viatges li havia donat, resseguia amb el dit al plànol la part de Turquia que visitaria, també la Capadòcia, que sobrevolaria en un globus aeroestàtic. Es trobava assegut al costat de la finestreta dins l'avió direcció Istanbul. En aquest viatge, regal dels seus germans, no s'hi va poder negar. L'home es prometia a si mateix que faria el possible per desconnectar de tota la problemàtica, laboral i familiar, que no era poca cosa.

El xicot jove del seu costat, només enlairar-se la nau, s'encastà ràpidament els auriculars a les orelles. Aleshores en Frederic badà i badà contemplant cel enllà núvols grisos... Després, intentà aclucar els ulls, estava esgotat. Però no aconseguí adormir-se de cap de les maneres, ni tan sols relaxar-se una mica. Estava massa preocupat.

Més tard, observà que dins la bosseta elàstica transparent davant dels seus genolls, a més a més de les instruccions obligatòries dels vols en cas d'emergència i que l'hostessa ja havia explicat feia estona, hi havia un sobre rectangular platejat. Probablement es tractava d'alguna propaganda comercial d'hotels o botigues; tanmateix, inconscientment, l'obrí i quina no seria la seva sorpresa

en trobar-se una llarga carta escrita a mà i en català!

La lletra era ben arrodonida i les frases, una darrere l'altra, se li clavaren als ulls com un imant per art d'encantament. Llegí:

Benvolgudes nétes,

No he pogut dormir tranquil·la en tota la nit. Somniava les claus, un munt de claus que tinc desades a dins la capsa pintada de colors. La vaig pintar de molts colors per recordar que cada clau significa una etapa diferent de la meva vida i obre portes diferents: les cases on he viscut, les claus del cotxe, de la caixa de cabdals, les claus d'armaris...

Us vull explicar, abans no me'n vagi a l'altre barri, on diuen que sant Pere és qui té les claus per entrar-hi, com funcionen aquestes claus que trobareu a dins la capsa pintada de colors.

Tingueu una mica de paciència i continueu llegint, doncs, ja que podreu aprendre moltes coses de la vostra àvia que us estima. Ja sé que riureu una mica de les meves claus, perquè vosaltres, que sou de temps moderns, no en feu servir; feu petar els dits, botons o empremtes digitals i tot us funciona, i de claus res de res.

La meva filla, la vostra mare, durant molts anys ha estat tan ocupada per estudiar, treballar i cuidar de vosaltres, que no ha tingut pràcticament temps de saber gaire coses del tema de les claus.

Quan vàrem celebrar el meu darrer sant al restaurant del Camí em va fer molta gràcia la vostra mare. Per comptes de marcar el número del codi secret per obrir el meu mòbil, per si alguna persona em felicitava, no sé encara què va fer, perquè no li responia i llavors s'enfadà exclamant "Fora de cobertura. No trobo la clau" De seguida em sortí del fons del cor: "La Clau" i vaig recordar la capsa pintada de colors.

Això sí, varem dinar envoltats de mòbils, videojocs i portàtils per tot arreu.

No us penseu pas que tot això ho escric perquè sí, ca! És molt important conèixer les claus que obren la ment, els sentiments, les emocions, la imaginació... Em direu:

-Àvia no corris tant, que ens farem un embolic. Quines claus són aquestes? Quan érem petites ens parlaves de les claus del terrat

per anar a estendre la roba, i les claus de la reixa de l'entrada...
Sí, sí, reines meves són claus diferents i cal que m'esforci perquè s'entengui. A mi em sembla que sou tan llestes que només amb unes línies ja en tindreu prou, però és veritat que la meua vida ha estat, fins ara, plena d'alts i baixos, sí, sí, una mica com les muntanyes russes d'aquelles de sotragades fortes, i voleu que us digui una cosa? Sort de les claus.

M'agradaria tenir-vos aquí al meu voltant ara mateix i veuria les vostres cares, si estan interessades llegint o avorrides.

El cas és que la darrera clau que vaig posar a dins la capseta pintada de tots colors va ser la de l'experiència i potser em demanareu: I aquesta quina porta obre? Ui, nenes, obre la porta de la vida! Ara no digueu, "Bé vaja, coses de l'àvia" No, que la vida és molt preuada, preuada tal vegada és poc...no trobo la paraula exacta per definir la vida, però és igual, vosaltres sou molt espavilades i segur que la trobareu, la paraula adequada per viure la vida plenament. La clau és viure el present, no entretenir-nos recordant i recordant coses passades ni tampoc preocupar-nos i ocupar-nos exageradament del futur, perquè llavors no vivim el present. Aquesta clau a mi se'm va rovellar fa força temps. Sabeu que em va passar? Vaig emmalaltir. Vaig anar al manyà, que en sap un munt, de claus, i em va dir que on anava jo amb una clau de ferro rovellada! Que es veia d'una hora lluny que no podia funcionar. Aleshores li vaig demanar quant em costaria una de nova i em va dir que la clau de l'experiència és gratuïta. Només hi havia un requisit a complir perquè no es rovellés de nou. Afegí que ell la podia netejar com si fos nova de trinca.

Em vaig quedar bocabadada escoltant el requisit. Ai, nenes meves! Em va costar d'entendre allò que em digué: Necessitava tenir fe i confiança per viure el present i deixar fluir l'experiència del dia a dia, minut a minut, segon a segon, tant si estava desperta com adormida, en mans d'un ésser superior que ens estima més del que ens pensem i que hem de deixar-nos anar totalment, vull dir abandonar-nos a la seva voluntat, al seu projecte...

No cal que m'ho digueu, és força complicat tot plegat, després de tantes claus com tinc a dins la capseta pintada de tots colors, aquesta de viure el present se'm va fer molt i molt difícil. El manyà,

però, va ser molt comprensiu, em digué també que no m'amoïnés. Vaig decidir no amoïnar-me i vaig començar a escriure aquesta carta per a vosaltres, estimadíssimes nétes.

I vet aquí, que de la biblioteca estant, on vaig sovint perquè m'agrada força llegir, vaig començar a escriure aquestes línies i quan feia qui sap l'estona que no parava, bolígraf en mà, un tafaer em preguntà què feia tan capficada. Jo llavors vaig pensar de seguida: "Viu el present, el present". Me'l vaig mirar i li vaig respondre tan amablement com vaig saber:

- Escric una carta per a les meves tres nétes.

Arribat en aquest punt de la lectura, en Frederic somrigué lleugerament, feia temps que no ho feia, sobretot d'ençà de les retallades, els acomiadaments i finalment el tancament definitiu de l'empresa on treballava. A més a més, per acabar-ho d'adobar, la ruptura, la separació. Separar-se de la seva dona, després de gairebé trenta anys de casats, abandonar-lo a ell per un altre? No se'n sabia avenir.

Malgrat tot això, els seus germans, cunyats i cunyades, feia quinze dies i escaig li van preparar la festa sorpresa per al dia del seu aniversari, el van sorprendre obsequiant-lo amb el viatge que ara comença.

En Frederic es demanava ara per dintre seu: "el dia que vaig néixer vaig arribar al món per viure la vida? Quina vida? "

Reflexionant quina seria la clau del seu present, anà plegant acuradament els fulls de la carta.

En Frederic, de sobte, atent als altaveus, es cordà el cinturó de seguretat.

El xicot jove del seu costat va desconnectar els auriculars i féu el mateix. Estaven a punt d'aterrar. El temps, mai tan ben dit, havia passat volant.

Llavors, en Frederic entregà la carta dins el sobre platejat a una de les hostesses que els acomiadaven abans de sortir de l'avió i li digué en to confidencial:

-No sé exactament si el descuit d'aquest sobre és de l'àvia o d'una de les nétes. L'home, en sortir a l'exterior, respirà a ple pulmó els nous aires de Turquia.

Marienka Bellostas Puig

DÈCIMES DE SEGON

Feia estona que hauria d'haver plegat, però, com sempre, l'Adrià dedicava aquests últims minuts a la contemplació exhaustiva de l'obra enllestida. Aquella pota de taula de roure massís, tallada a mà, d'una sola peça, el tenia embadalit. Va sentir al palmell la fina sensualitat de la fusta polida, aquelles formes totalment sinuoses, amb les seves vetes naturals, eren una obra d'art. Satisfet, va fer lliscar la mà amunt i avall resseguint les corbes arrodonides de la peça acabada. No hi va trobar ni una partícula que fos invisible pels seus ulls, però perceptible al tacte per la punta dels seus dits experts i sensibilitzats. Va fer una última ullada al taller. L'olor de fusta surava per l'aire. Va inspirar, va apagar els llums i va tancar la porta. A fora, la claror del crepuscle era daurada.

Tan bon punt va obrir la porta de casa, va sentir una agradable aroma de pizza que sortia de la cuina i, al capdavant del passadís, les rialles adolescents de la seva filla Marta i de les seves dues amigues. Somrient, va anar-hi a treure el cap.

—Ei, noies! Què és aquest guirigall?

Elles, en veure'l, van deixar escapar uns xisclets infantils i van riure d'aquella manera irregular i estrident que acostumen a fer les adolescents quan intenten imitar als adults. Anaven totes mig vestides i les portes de l'armari eren obertes de bat a bat. Texans,

bruses, shorts i minifaldilles cobrien el llit i el terra emmoquetat de l'habitació, on l'olor tendra de xiclet de maduixa es barrejava amb la fortor agre de suor.

–Ai papa! Ves-te'n –tapant-se amb el primer que va arregar–. Que ens estem arreglant!

–D'acord, d'acord, ja marxo –resseguint amb la mirada tot l'escampall de roba–. Però, recolliu aquest merder, eh?

–Sííí. Pesat. Va, surt –ara totes tres es tapaven i reien.

Les va deixar soles i es va dirigir a la cuina, on la Teresa, la seva dona, acabava de treure la pizza del forn. La va agafar per la cintura i li va besar el clatell.

–Va, que encara em cremaré! –va protestar ella enriolada–. Vés a seure a taula i avisa a les nenes, que això ja està a punt.

Mentre les esperava, va obrir una ampolla de vi i se'n va servir una copa. Durant tot el sopar va observar la Marta que seia al seu davant. Tot i que per ell sempre seria la seva nena, era evident que ja no era una criatura. Li va descobrir, amb satisfacció, postures i gestos de la seva mare. Es va servir més vi, en va fer un glop i va mirar-se de reüll la Teresa que seia a la seva esquerra. La Teresa, tot i el pas del anys, conservava els trets encara juvenívols i la mateixa bellesa innata que temps enrere l'havia enamorat. Va notar com el cor se li inflava com una vela. Va fer un altre glop. L'una era la nineta dels seus ulls i, l'altra, la dona de la seva vida. A la seva dreta seien la Rosa i l'Agnès. Les coneixia des de que anaven a pàrvuls amb la Marta. Totes havien canviat molt. S'estaven fent grans.

Es va tornar a omplir el got amb el vi que quedava a l'ampolla i se'l va beure amb avidesa. Amb aquella calor s'agraïa sentir-lo, tant fresquet, baixar fent-li pessigolles per la gargamella. La boca se li va omplir fins a vesar de vi i de rialles flonges.

–Eh! Va... –arrossegava la veu enrogallada i pastosa–. Feu el favor de callar i expliqueu-me qui més hi anirà a aquesta festa –mentre reia i donava uns copets amb la mà plana a la cuixa de la Rosa per cridar-li l'atenció.

Sense esperar-s'ho, va copsar al moment la musculatura afinada i ferma de la nena. Sorprès i admirat, sense ni adonar-se'n,

va palpar aquella pell tan llisa i suau. La mà va enfilar-se com si resseguís les fines corbes de la pota de roure. Els dits, sols, van anar seguint amunt un pam més, fins que van sentir la tebior del foc primerenc de l'entrecoix adolescent. I, durant una fracció de segon, la punta d'aquells dits experts al tacte, van copsar el voraviu de les puntetes de blonda que el cobrien. Una fracció de segon. La pulsio que va sentir entre les cames i el bot que va fer la nena per abaixar-se la minifaldilla mentre amb veu angoixada exclamava, no em toqui!, el van tornar a la realitat. Però la realitat, ja no era la mateixa. No ho seria mai més. Aquell gest inconscient, instintiu, tan detestable, tan malauradament humà, ho va canviar tot. I per sempre.

Consternat, va mirar la Rosa que havia envermellit i estava a punt de plorar. La nena va desviar la mirada avergonyida buscant l'esguard i la protecció de l'amiga. La filla, pà•lida, davant la mirada d'auxili, el va mirar horroritzada i després va mirar la mare que, amb el dolor reflectit a la cara, mirava el seu home amb menyspreu. Tot amb silenci. Un silenci que va trencar ell, fent broma, per intentar que passés aquell moment tan tens i absurd.

—Vinga, vinga, acabeu de menjar que encara fareu tard a la festa! Segur que els nois ja us esperen impacients. I tu, nena, renta't la cara que tan pintada sembles una mona! —va fer veure que reia. Estava dient ximpleries i ho sabia, però la ment, enterbolida, no trobava les paraules adients. Per què res sonava igual? Colpit pel pànic, va ser conscient de tot. Aquelles dècimes de segons en què, embriagat, de manera irreflexiva, la naturalesa masculina se li va fer evident a traïció, sense ni adonar-se'n, marcarien un abans i un després en la seva vida. El terror el va contraure i el va deixar rebregat a la cadira.

La filla només va exclamar, papa!, però amb un to tan dolorós de retret, que ell va sentir com el cor, esbarriat, li pujava a la gola, avergonyit, tan sols va poder respondre un quèèè?, que no va convèncer a ningú. Ni a ell mateix.

La Teresa es va aixecar. Feia una cara com si s'hagués posat malalta. I amb una veu que no s'adeia gens amb aquella cara, va cridar:

–Porc! Malparit! Em fas fàstic!

Per ell, aquestes paraules van ser pitjor que si li hagués donat un cop de puny. El van ferir. A ella la veu se li va trencar i va fugir plorant. Les nenes desfetes en llàgrimes van fer el mateix i de sobte, es va trobar sol al mig del menjador, desconcertat i abatut. Li va costar aixecar-se de la cadira. Ho va fer a poc a poc, vacil·lant, sense forces, com si li haguessin caigut al damunt una pila d'anys. Es va agafar a la taula. Al seu voltant el món trontollava. Del racó més endinsat del seu ésser, va brollar una llàgrima que va lliscar pel solc de la galta, fins a la comissura de la boca. La va llepar. Era aspre, com el vi picat.

Va deixar les seves claus damunt la tauleta del rebedor i va tancar la porta de casa sense fer soroll. A fora, la nit era negra com l'estalzí.

Ivan Martos Aguilar

DESCUBRIENDO...

Corría por una ciudad que desconocía. Buscaba su casa pero no era capaz de encontrarla. No paraba de chocar con gente y esquivar vehículos. El ambiente era espeso y estresante. Monstruosos edificios levantaban aquella ciudad. Él notaba que alguien lo perseguía y que cada vez estaba más cerca. Pronto lo atraparían. Y no era la primera vez. Por fin encontró el lugar donde debería estar su casa, pero un enorme rascacielos ocupaba aquella esquina. Quiso preguntar qué había pasado con su casa, pero empezaron a desvanecerse él y esa ciudad...

La luz del sol por la ventana y el calor lo decidieron a levantarse. Estaba ya despierto, pues el ajetreo de la casa le había despertado hacía rato. No había querido levantarse hasta ese momento, pues seguía muy enfadado. Pensaba que no era justo que lo abofetearan y lo dejaran sin cenar la noche anterior. Lo abofeteó el maestro por reírse en clase, lo abofeteó el tendero cuando lo pilló robando un pan, lo abofeteó su madre por no quedarse en casa cuidando de sus hermanitos por la tarde y finalmente lo abofeteó su padre por... por todo.

En ese momento, lo que más le dolía era el hambre. Aquella noche había migas para cenar, y aquella noche precisamente las habían acompañado con un poco de tocino. Y él no había podido

ni probarlo. Así que salió de la habitación teniendo únicamente en mente sus ganas de desayunar. Lo hizo sin hacer mucho ruido por no despertar a su hermano pequeño.

Se encontró con su madre que estaba dándole el pecho a la más pequeña de la casa. Su padre no estaba en casa, ni su hermano mayor. Ambos habían salido muy temprano al monte, esperando poder cazar alguna liebre o conejo.

– En la mesa tienes un jarro con leche y un poco de pan.- Le dijo su madre nada más verle - Come que tendrás hambre. ¡Ay Señor qué disgustos nos das a tu padre y a mí!

– No hice nada malo...

– ¡Ni se te ocurra replicarme, que te doy! Además, me enteré esta mañana de que volviste a fugarte de la escuela. ¿Cuántas veces ya van esta semana? ¿Tres? ¿Y dónde narices te metes? Qué vergüenza cuando me cruce con el maestro...

El bebé empezó a llorar. Probablemente, también tenía hambre. Apenas podía dar leche aquella madre flaca y envejecida por el trabajo y la miseria. El llanto de su hermanita le salvó de tener que responderle a su madre dónde se iba cuando se fugaba de la escuela, así que pudo comerse el pan y beberse la leche tranquilo. Estaba contento porque era sábado y no había escuela. Como tampoco era domingo no había que ir a misa. El sábado, sin duda, era su día preferido de la semana. No recibiría capones ni del maestro ni del capellán.

Aun así estaba algo disgustado. Le hubiera gustado que su hermano mayor estuviera allí también con él. Podrían haber ido a bañarse a la charca a salpicar a las niñas que iban a lavar algunos trapos. O podrían haber ido a tirarle piedras al perro que encontraron en las afueras. O podrían haber ido a la plaza mayor y juntarse con el resto de niños del pueblo y jugar a la guerra. Pero no estaba. Pensaba que si fuera mayor podrían haberse ido los tres al monte a cazar conejos.

Terminó de desayunar y pidió permiso a su madre para salir afuera a dar una vuelta. Tuvo que jurarle que no se metería en líos. Cruzó los dedos al hacerlo, ya que ni él mismo sabía qué iba a hacer durante el día.

Salió a la calle y se encontró, como esperaba, con el sol tórrido del verano sureño. El calor era inaguantable aunque intentaba caminar pegado a la poca sombra que daban las casas. Se dirigió al centro del pueblo, ya que recordó que era día de mercado y que habría algo de bullicio.

Antes de llegar a la plaza mayor se detuvo, triste y pensativo, ante la taberna ya cerrada con tabiques de don Antonio. Le caía bien. Siempre que lo veía, don Antonio le explicaba algún chiste, chismorreos sobre alguien del pueblo o alguna bravuconada que le hacían partirse de risa. No entendía qué había ocurrido. Sólo sabía lo que le habían dicho sus padres, aquella noche en la que entraron tristes a casa. Su madre lloraba mientras cocinaba y no abrió la boca. Su padre le dijo algo sobre que a don Antonio se lo habían llevado al cuartel, y que posiblemente no lo volverían a ver más. También dijo que iba a pagar cara su amistad con el “zapatero”, el anterior alcalde, el de antes de la guerra, el de antes de las tristezas, el de antes de las lágrimas y el miedo, el de antes de los amigos que no volvían. Él apenas lo entendía. Antonio le hacía reír y ya no estaba. Y su taberna tenía las puertas cerradas, como la boca de su madre cuando callaba y lloraba.

Triste y con la cabeza mirando el suelo quemado del sol infernal, pasó delante del ayuntamiento en el momento que salía un hombre muy bien vestido: con traje, buenos zapatos y sombrero elegante. Como hacía un calor de mil diablos, el hombre se quitó su cazadora. En el momento de hacerlo, se le cayó algo al suelo sin que se diera cuenta y se marchó. En cambio, sí se percató de ello nuestro joven protagonista. Se acercó y vio en el suelo una pequeña cartera, donde sobresalían y se veían algunos billetes. Reaccionó rápido y sin pensarlo le dio una patada a la cartera, con la intención de que el dueño la viera. No la tiró lo suficientemente lejos, así que le volvió a dar una patada, y esta vez la cartera pasó al lado del hombre y la pudo ver. El hombre se giró, recogió su cartera y comprendió lo que había ocurrido. Blasfemó contra el chico llamándole “pilluelo y canijo engreído”, introdujo su cartera en un bolsillo y se marchó.

Nuestro muchacho se quedó de piedra. Le había devuelto la

cartera. Podría haberse quedado con algún billete, o con todos, y no lo hizo. No sólo no le había dado las gracias sino que además escuchó cómo lo insultaba. En sus adentros esperaba recibir alguna moneda como recompensa: se lo merecía.

Aturdido y enfadado por la injusta escena que acababa de vivir, dio media vuelta y pensó en regresar a casa. Recordó que su madre seguiría enfadada, así que cambió de opinión y decidió salir del pueblo por el Camino Real. Tal vez, en las afueras, se encontrase con su padre y su hermano y les ayudase en la caza.

Se cruzó con algunos chicos mayores que él, que conocía de la escuela. Jugaban a la guerra. Llevaban palos y bastones sobre el hombro como si fueran fusiles o bayonetas, e imitaban un desfile mientras cantaban canciones bélicas. Los ignoró por completo. Al cruzarse con ellos vio algo extraño a unos veinte metros, fuera del camino, junto a una gran piedra...

Era un libro. ¿De quién era? El autor parecía ser un tal Alejandro no sé qué. No se molestó en leer el título del libro. ¿Quién había podido dejar aquel libro allí? Lo abrió en busca de alguna prueba que aclarase esas preguntas. Empezó a leer la primera página que abrió al azar:

“El mensajero se inclinó sin proferir palabra, tomó la carta y la cédula, y partió. Decía la carta: *Milady: concurrir al primer baile al que asista el duque de Buckingham. En su justillo lucirá doce herretes de diamantes; acercaos a él y cortadle dos. Tan pronto estén en vuestro poder los herretes, advertídmelo.*”

Quedó estupefacto y con más dudas. ¿De quién era el libro? ¿Quiénes eran Milady y el duque de Buckinham? ¿Quién había escrito esa carta y por qué quería los herretes? ¿Qué diablos eran unos herretes?

Miró a su alrededor por si el dueño del libro estuviera cerca, pero no había nadie. En el pueblo casi nadie leía. El capellán con la Biblia y poco más. Estaba entusiasmado con este misterio, y se propuso solucionarlo encontrando a la persona que había dejado el libro allí.

También se propuso leer algo más de aquel libro cuando llegase a casa. Las líneas que había leído le habían provocado unas ganas

terribles de entender aquella historia.

Siguió por el camino pensando en estas cosas cuando le adelantó un muchacho de unos dieciocho años, con cara larga, pómulos salientes, mandíbula prominente, mirada inteligente y nariz ganchuda, que viajaba en un caballo de pelaje amarillo. Se miraron a los ojos. No se conocían. Desde su caballo miró el libro que llevaba nuestro joven protagonista y sonrió. Quiso preguntarle si el libro era suyo, pero antes de eso golpeó las espuelas en su caballo y galopó hasta que pudo perderlo de vista.

Cuando el caballo desapareció, vio cómo bajaban del monte su padre y su hermano. Portaban un bulto en la saca. Hoy comerían carne. Les preguntó si habían visto al extraño muchacho en el caballo, la respuesta fue negativa. Les insistió porque tenían que haberlo visto, no era posible que no se cruzaran.

Ellos pensaron que eran fantasías de un niño que se aburría. Él empezó aquella noche a leer el libro, con dificultades, lentamente, hacía poco que había aprendido a leer. Aquella misma noche soñó que era un joven gascón, que salía de su pueblo, a caballo, a vivir aventuras, a conocer honorables amigos, a combatir a malvados conspiradores, a salvar doncellas. A la mañana siguiente volvió a despertarse acalorado, pero con la seguridad de saber de quién era aquel libro...

Esther Valero Álvarez

EL DILEMA DE LOS NIÑOS PREDADORES. Marie Curie

La tarde azotaba en Playa de la Bocana en forma de lanzas incandescentes que se fundían de ocre y naranjas en el horizonte marino. Aprovechando los últimos atisbos de luz, don Beto -más conocido en Marquelia por su carácter agrio como Lobo Feroz- nos instruía con sus profanos conocimientos sobre la colecta de huevos de la tortuga golfina. Con ayuda de una de las tantas ramas podridas que las aguas habían vomitado durante el día, nos trazaba un croquis en la arena mostrando los tres niveles en los que esta especie puede desovar, en función de la distancia que recorre al abandonar las aguas. Seis voluntarios procedentes de diversos países escuchábamos embelesados los consejos que debíamos seguir en nuestro patrullaje nocturno.

Poco podíamos hacer contra los caprichos de la naturaleza: gaviotas, pelícanos, cangrejos y zopilotes acaban con una de cada diez crías de tortugas antes de éstas alcancen el mar. Sin embargo, sí podíamos luchar contra el saqueo de nidos por parte de los “predadores humanos” -como Lobo Feroz les llamaba-. Cada noche, la Costa Chica se llenaba de sombras que recorrían la playa de cabo a rabo, anhelantes por encontrar el codiciado nido, que más tarde comercializarían en el mercado negro. Ello se practicaba, aun considerándose un delito federal, de forma

descarada, tanto por parte del vendedor, como del que los consumidores que pretendían beneficiarse de las propiedades -decían- afrodisíacas de los huevos de tortuga. Pero más dramática era la época de la Semana Santa en la que, debido al elevado consumo de productos marinos, las tortugas eran despedazadas a lo vivo, arrancadas sus aletas para venderlas a los más exquisitos chefs, o extraído su aceite por sus presumibles propiedades curativas.

Abandonamos el campamento muy avanzada de la noche, encabezados por un jefe de patrulla designado a dedo de entre nosotros por Lobo Feroz, y al cual éste hizo entrega de un machete. Me bastaron un par de horas para detectar su presencia. Se escurrían tras las delgadas palmeras, siguiendo con discreción el séquito de voluntarios que caminábamos en fila india. Lobo Feroz nos lo advirtió: “la noche en Playa de la Bocana es una batalla silenciosa entre vosotros y los niños predadores”. Vivían junto al campamento, en una pequeña chabola camuflada entre el manglar. Entre muchas otras habladurías, se comentaba que los dos mellizos -un varón y una niña-, no habían ido nunca a la escuela y la vida en la playa les había proporcionado unas capacidades sobrehumanas para el rastreo de nidos. Habían desarrollado el olfato hasta tal punto que escudriñaban en la oscuridad sin ayuda de linternas hasta dar con el ansiado manjar; reconocían las huellas de cualquier especie de reptil; si alguien detectaba su presencia imitaban con pícaro disimulo el aullido de un mono o el graznido de una garza; y trepaban las palmeras con la destreza de un primate en busca de cocos.

Para nuestro pesar, tras cuatro horas recorriendo la playa de cabo a rabo, no dimos con un solo nido en nuestro debutar como exploradores. Nos esperaba Lobo Feroz tumbado en una hamaca junto a la entrada de su cabaña para informarnos de que él había hecho su inspección particular y que, una vez más, los niños predadores habían saqueado cuatro nidos aprovechándose de nuestra humilde impericia.

Sucedieron los días en el campamento, sin mayor actividad que alimentarnos, disfrutar de la salvaje naturaleza y realizar rondas

nocturnas, a lo largo de las cuales, fuimos adquiriendo ciertas habilidades que nos permitieron coleccionar unas decenas de nidos. La última de nuestras noches, Lobo Feroz me honró con el porte del machete. Era la primera vez que ejercía de jefa de patrulla, y estaba dispuesta a acarrear con unos cuantos huevos hacia el campamento. Escuchábamos constantemente el crujir de las vainas secas de palmeras tras nosotros con la certeza de que los mellizos nos vigilaban. Proseguimos nuestro paseo con disimulo, hasta que divisamos a unos cincuenta metros una masa similar a una roca. Se trataba, sin duda, de una tortuga, que se encontraba desovando. Encendimos las linternas sin dudar, pues sabíamos que ni la luz de los focos, ni nuestra presencia podían perturbar al reptil que se encontraba en estado de trance. Y convencida de que los nuestros amigos invisibles debían de estar maldiciéndonos por habernos adelantado al hallazgo muy cerca de nosotros, me aparté del grupo en su búsqueda.

No me costó demasiado dar con su paradero. Los encontré tendidos detrás de una roca, y les apunté con la linterna. Contarían con apenas siete años, pero aquella mirada cautivadora y febril les hacía aparentar algo más. Tenían las piernas extremadamente delgadas, como las de una gacela. Pese a su piel morena, destacaban unas melenas rubias, despeinadas y resecaas por el sol. Me miraron a mí, y luego al machete -Lobo Feroz nos prohibió deshacernos de él durante todo el patrullaje-, pero no parecían intimidados. Más bien parecía divertirles mi imagen: una lámpara en la frente, una cámara de fotos en una mano, y en la otra una macana. En pocos segundos, se levantaron al unísono y partieron galopando irrumpiendo en la espesa negrura.

Hasta el momento de mi partida, dos días más tarde, no volví a verlos. Me adentré algunos metros en el manglar alertada por unas carcajadas infantiles y observé que correteaban descalzos jugando a ahuyentar a una gaviota. Brincaban eufóricos tras ella seguidos de un perro y enmudecieron repentinamente al verme. Me pareció que todas las miradas se tornaban hacia mí y percibí que compartían algo en ellas: los ojillos de aquellas criaturas se habían tornado vidriosos y distantes, como los de la gaviota.

Entonces comprendí que ellos también eran gaviotas, y tejones y pelícanos; y que no existía mayor “predador” en aquel manglar que yo misma.

Francesca Caballero Priego

EL RETORNO DE ELISA

Elisa miró el paisaje que a una velocidad vertiginosa pasaba ante sus ojos a través de la ventanilla del tren. Por más que lo intentaba, no podía fijar su atención en ninguna imagen en concreto.

Estas imágenes le evocaron su niñez, cuando miraba fascinada como se rebobinaba la amarillenta película, que tantas veces había visto en el viejo proyector de su padre. Sólo recordaba los guiños y muecas grotescas de los protagonistas.

El tren aminoró la marcha. Estaba a punto de llegar a su destino. Elisa vio su imagen reflejada en el cristal. Unas profundas ojeras negras rodeaban sus hermosos ojos azules, heredados del padre. Siempre que pensaba en su padre un violento escalofrío recorría su ser.

Sin embargo el recuerdo de su madre, sólo le producía un enorme desprecio e indiferencia. No se merecía ni uno solo de sus pensamientos. La había relegado al lugar más olvidado y recóndito de su mente.

Pero el espejo de la ventanilla del tren, pertinaz e insolente, le devolvía una y otra vez, la imagen de la madre reflejada en la suya propia. La genética le había jugado una mala pasada. La había condenado a vivir eternamente con la imagen de su madre adherida a su propia piel. Pero no había logrado modelar su mente.

Elisa poseía una mirada, torva e inquietante, que en algunas ocasiones se quedaba prisionera en algún lugar, propio e inhóspito, que tan sólo ella conocía. En ese lugar sólo existía dolor, un dolor descarnado sin tregua ni consuelo.

Agitó su melena como intentando ahuyentar sus viejos fantasmas. Cogió la pequeña maleta y con paso firme se dirigió hacia la salida del tren.

Elisa observó la casa donde había nacido. El tiempo parecía haberse detenido en el dintel de la puerta. Las paredes exteriores estaban cubiertas de una hiedra trepadora, que con el paso del tiempo había sobrevivido a vientos y tempestades. En los años de ausencia, la hiedra había logrado trepar hasta el tejado y asomar tímidamente sus verdes y tiernos brotes, intentando alcanzar el cielo. Pretendiendo olvidar, vana ilusión, que la raíz la tenía enterrada en la árida tierra, y que ésta al mismo tiempo que le daba la vida, le negaba la libertad.

A modo de picaporte la misma mano de bronce que apretaba entre sus dedos una pequeña esfera negra, al ser golpeada emitía un sonido seco y familiar.

Nada había cambiado. Nada, excepto ella misma. Ya no era la niña desvalida y asustada que se marchó. Elisa era ahora una mujer fuerte, valiente, que había vuelto para ajustar cuentas con su pasado.

Elisa golpeó el picaporte de la puerta de manera insistente. Como hacía siempre cuando era niña, buscando el cobijo del hogar, que la alejaría, sin duda, de los mil peligros imaginarios que la acechaban en el exterior. En su casa, la de la hiedra trepadora, nada tenía que temer.

Su padre abrió la puerta. Los años no le habían tratado demasiado mal. Aún conservaba el porte altivo y desafiante de antaño. El gris de su cabello había ganado terreno al negro intenso de su juventud. Sus ojos, de un azul desvaído, eran los mismos ojos fríos y distantes que habían tenido el poder de aterrorizar a Elisa. Esos ojos habían ejercido tal poder sobre ella, que jamás había tenido el valor de sostenerle la mirada más de treinta segundos. Y eso, sólo ocurría, sólo, cuando lograba controlar el temblor de su

boca, antes de iniciar el llanto.

Pero, ahora sí, ahora no sólo le sostuvo la mirada, sino que fue esté el que apartó la suya cuando intuyó en los ojos de la joven el motivo de su vuelta.

Elisa recorrió con la mirada el salón. El mobiliario era el mismo que recordaba de su niñez. La vieja vitrina adornada con la lechuga disecada. Al lado de la ventana seguía la deteriorada mecedora, ahora vacía, de su madre. Pero en el salón faltaba un objeto, el único que a ella le interesaba encontrar.

—Papá ¿Dónde está el viejo proyector? —pregunto con voz sosegada— ¿Todavía funciona?

—Lo tengo guardado en tu habitación —contestó con la voz enronquecida—. Funciona a la perfección y aún conservo la vieja película ¿Te acuerdas, Elisa?

—Papá, ¡me encantaría verla de nuevo! Por cierto ¿Te he dicho que me quedo a pasar la noche? —le dijo, buscando su mirada—. Te preparo una copa...

Las manos de Elisa se crisparon al abrir su pequeña maleta. Sintió como los recuerdos de su infancia, nítidos, precisos, volvían de nuevo a su mente.

La pequeña Elisa miraba, fascinada, como el viejo proyector, emitía un zumbido, monótono, repetitivo, inacabable. Las imágenes enloquecidas por la velocidad del rebobinado se mostraban como guiños y muecas grotescas.

—¡Princesa! —Oyó la voz de su papá—. Se terminó la película, es hora de dormir.

—Papá, hoy no me lleves tú a dormir, ¡por favor! —Suplicó la niña— Quiero que me lleve mamá. He sido buena, me he portado muy bien.

—No, no es cierto —sentenció el padre—. Hoy has sido una niña muy mala y desobediente.

—Papá, papá, ¡seré buena! —musitó la pequeña— No le diré nada a mamá de nuestro secreto ¡Te lo prometo!

—Lo sé, princesa, sé que no le dirás nada a mamá —dijo mirando severamente a Elisa—. No obstante, hoy has estado a punto de

hacerlo, y eso, no ha estado nada bien.

—Perdóname papa, te juro que no se lo diré —lloró la niña—. Pero papá, si soy tu princesa, ¿por qué me haces daño? ¡No me ates!, papá, te lo suplico ¡No me moveré! ¡Me duele papá, me duele mucho!

—Sí, mi princesa, lo sé, pero tengo que hacerlo. —le susurró en el oído de la pequeña— Tú sólo, ¡mírame!, mírame fijamente a los ojos. Papa, sabe muy bien lo que tiene que hacer, con su niñita, con su princesa —dijo acariciando el sedoso cabello de Elisa— ¡Quieta, tesoro! ¡No te muevas! ¡Mírame!

—¡Mamá, mamá! —gritó, fuera de sí la pequeña Elisa— ¿Dónde estás? ¡Mamá! ¡Ven!, por favor mamá ¡Ven!

En el extremo opuesto de la casa. Una figura femenina, se adivinaba, escondida, en un oscuro rincón. Con ambas manos se presionaba con fuerza los oídos para no escuchar los desgarradores gritos de la niña.

Elisa volvió a la realidad y apagó el viejo proyector. El ruido del rebobinado enmudeció. El sonido que tanto había odiado en el pasado, había sido ahora su más fiel aliado. Le había ayudado a silenciar los gritos de su padre cuando fue sodomizado con el regalo especial que había traído sólo para él. Un silencio hondo, siniestro, se fue adueñando de todos los rincones de la casa.

Se recreó mirando la figura atada y amordazada del padre. Éste a su vez la miraba fijamente, con los ojos desorbitados. No podía mover un solo músculo de su cuerpo. El terror más absoluto, se reflejaba en aquellas pupilas de un azul desvaído, que se movían enloquecidas a una velocidad de vértigo. La boca intentaba articular, desesperadamente, algún tipo de sonido inteligible. Dicha tarea le suponía un esfuerzo titánico, sin obtener, pese a ello, la recompensa esperada. El rostro sólo lograba esbozar guiños convulsos y muecas grotescas. Dos finos filamentos de sangre se iban deslizando por entre las piernas, hasta alcanzar los dedos desnudos de los pies y despacio, muy despacio, iban tiñendo de rojo el pavimento de la habitación.

Elisa descolgó de la pared la fotografía de una figura femenina. Miró fijamente el bello rostro de su madre. Utilizando el dedo a

modo de pincel, lo empapó en el líquido viscoso y aniquiló, para siempre, el reflejo de su propia imagen.

–¡Mamá!, ¡mamá!, – conjuró –. ¡Quiero que tus ojos ciegos y tu lengua muda, se quemen eternamente en el infierno!

Elisa cerró la puerta de la casa tirando del viejo picaporte. De un tajo certero, cortó las raíces de la hiedra trepadora. Los últimos brotes del tejado, libres al fin de ataduras, erguidos y ufanos, podrían alcanzar el cielo.

Elisa miró la casa por última vez. Cogió su pequeña maleta. Respiró con deleite la suave brisa del nuevo día. Se fue alejando lentamente, sin volver la vista atrás, por el sendero que la llevaría de regreso a la estación.

Montse Villares Muñoz

LA MOCHILA

Era el primer verano sola después de romper con mi pareja. Desorientada, sin saber hacia dónde conducir mi vida —hasta entonces él lo había hecho por mí—, salí de un pueblo reseco del interior con una mochila llena de culpa para perderme entre la multitud de la costa mediterránea.

Cada mañana me acercaba a la playa para ver las olas de una bravura contenida estallar en cenefas de confeti blanco. Ante la inmensidad de aquel azul infinito, los problemas empequeñecían y sentía que era capaz de levantarme.

Miraba a un lado y a otro con la sensación de que estrenaba la ciudad. Me sentía cómoda entre las callejuelas estrechas y grises, acordes con mi estado de ánimo. Estaba fascinada por la variedad de gente, la algarabía de voces incomprensibles y la diversidad de tonos que eran como una canción nueva. Lejos de las miradas reprobatorias de cuantos me conocían, disfrutaba simplemente viendo pasar a la gente; una riada multirracial que me absorbía y camuflaba. Un aluvión de bermudas de flores, polos de cocodrilos o rayas marineras, chanclas y gafas de sol, inundaban la rambla y yo me dejaba llevar. A ratos me sentía bien, flotaba adormecida

de novedad y vacaciones; pero otros, cuando los remordimientos aparecían junto a una sensación de ahogo, la mochila tiraba de mí y no podía mantenerme a flote. Entonces naufragaba hasta asirme a una botella de cerveza en una terraza.

Uno de esos días, algo más reconfortada tras el primer trago, quise distraer el eco de la culpa por los falsos silencios que prometieron amor, contemplando el torrente de turistas que seguía su curso. Pasaron unas adolescentes uniformadas con top, bolsito y shorts diminutos; que miraban de soslayo a un joven de tez quemada, melena y barba rubias y descuidadas, con un macuto a la espalda. Probablemente otro náufrago.

La cerveza me sentó bien. Estaba fresca y me la bebí rápido. El camarero se acercó para ofrecermé otra y unas tapas para acompañar. Le dije que sí. Como hago siempre. Ese era el problema. Lo comprendí ante el plato de boquerones en vinagre. Detestaba su olor, su sabor, su aspecto, pero no dije nada. Así fui siempre: incapaz de decir “no”. Igual que acepté cuanto me propuso el camarero, de esa misma manera asentía cuando mi novio me proponía cualquier cosa.

Éramos vecinos. A mí me resultaba realmente difícil iniciar una conversación con cualquier persona que no conociera, por ello, que él me acompañara a todas partes me ahorra el esfuerzo de labrar nuevas amistades. Supongo que sucedió lo natural, con el tiempo nos acostumbramos el uno al otro. Él elegía las películas o la música, me acompañaba a comprar ropa y sabía qué me caía mejor. Y podríamos haber seguido así toda la vida pero algo cambió. Cuando acabamos el bachillerato se matriculó en arquitectura y quiso que yo también lo hiciera. Fue la primera vez que dije “no”. No fue un “no” rotundo sino un “esquenosé”, y demoré la matrícula hasta que se agotó el plazo. Él fue a la capital y yo empecé a trabajar en una tienda de un pueblo cercano. Seguimos viéndonos pero menos, una o dos veces al mes. Alquilé un piso con buhardilla que tenía una ventana en el techo y podía ver la luna y las estrellas desde la cama. Supongo

que me acostumbré a vivir sola. Me empezaron a importunar esos pequeños cambios que se producían cuando subía a verme. Me molestaba ir a la nevera y encontrarme la botella de agua vacía, o los platos sucios que se acumulaban en el fregadero o sus calzoncillos tirados. Mi pequeño hogar se veía invadido. Era más importante ir a ver una casa antigua para restaurar que echar la acostumbrada siesta del sábado por la tarde. Al mediodía yo solía ver una serie pero él la quitaba y ponía el telediario y en vez de escuchar, comentaba cada noticia con sarcasmo. Poco a poco noté cuánto me molestaba que su llegada rompiera mis rutinas. Y cuánto me crispaba esa manía suya de acabar cualquier comentario con un ¿sabes lo que te quiero decir?, o su versión abreviada ¿sabes? Cuando acabó la carrera, su presencia diaria con la búsqueda de una casa para los dos, un trabajo cerca del mío, sus planes de boda, se me fue haciendo insoportable, hasta que una noche soñé que vivíamos juntos en una casa que se caía de vieja, literalmente. Se caían las lámparas, los muebles y las paredes. Yo, asustada, intenté despertarle zarandeándole y él también se deshacía. Con la fuerza de un relámpago esa imagen se grabó en mi cabeza y me desperté. Sólo entonces reconocí que su proyecto no era el mío, que me había dejado llevar de su mano por un camino de asentimientos y concesiones que habían revocado mi voluntad y que únicamente cuando empecé a vivir sola pude recuperar. Esa verdad recién descubierta intenté traducirla en palabras, pero él solo entendió que no le quería. No supe explicárselo. ¿Cómo se puede explicar que algo se ha roto sin buscar culpables? Él me quería y yo era quien le dejaba. Yo era la mala. Me tocó cargar con la culpa. Arrastré con ella cada día durante meses sin un gesto de apoyo de nadie. Al contrario, debía soportar las miradas de reproche de las clientas, de mi jefa, de sus padres que se sentían traicionados. Incluso de los míos. Pero eso no era lo más duro. Lo peor era la soledad. Sola en el mundo pero con una losa encima. Aunque no tenía amigos, la familia siempre había estado ahí. Y él. Él siempre estaba a mi lado. Romper con él no fue solo como romper el bastón que te ayuda a caminar, sino romper con la cuerda que sujeta el ancla y yo me hundía.

Sin nadie a quien asirme, me fui hundiendo en el pueblo que era un pozo. No sabía cómo salir de allí hasta que llegó julio y las conversaciones de las clientas giraban en torno a las vacaciones. Hablaban de la playa, de un crucero o de un viaje a alguna capital europea. Aquello fue como ver una vela en medio de la oscuridad. Decidí viajar sola.

Aquella tarde, oculta entre los veraneantes, paseaba por el casco antiguo de la ciudad buscando una exposición. Leía los nombres de las calles y plazas, pero no me acababa de situar. ¿Era una calle más arriba la que debía girar o quizá ya me la había pasado? Esos comercios no me sonaban. Las tiendas solían servirme de referente para no perderme, pero estaba segura que no había pasado por allí antes. Me lo confirmaron los pendientes de aquel pequeño escaparate. Brillaban ante mí con tanta energía que parecían llamarme. Contemplé aquella tienda de artesanía donde se agolpaba un popurrí étnico de objetos. No. No los había visto antes. Imposible olvidarlos. Me atraían de una manera sobrenatural, como si de un embrujo se tratara. Junto a los pendientes leí un cartelito que decía Etnia Peul. Eran dorados, de pétalos torcidos engarzados en un aro. Al entrar en aquella tienda era como si hubiera dado un salto al pasado o a un lugar donde el tiempo se hubiera detenido, a un zoco de un pueblo resistente al olvido donde todo era aún posible.

Dentro de la tienda, impregnada de incienso, apenas había un hueco libre. Pañuelos, tapices multicolores y espejos de latón. Cajitas de madera decoradas. Instrumentos musicales, todos con un pequeño cartelito: Kora de calabaza, Calimba de bambú. Máscaras, tallas y un sinfín de abalorios: brazalete de plata y ónix, cruz del sur Tuareg de Agadez, colgantes de Ébano; anillos de plata y ojo de tigre. No podía articular palabra. Cada objeto tenía un pasado, una historia que parecía querer revivir, como si esperaran a que sus destinatarios les reconocieran. Estaba maravillada observándolo todo cuando una mujer menuda con ojos de un azul transparente, casi hipnótico, me los ofreció y una vez puestos no

pude quitármelos; era como si los hubiera llevado siempre.

Al salir de la tienda, el sol se marchaba tiñendo el cielo de rojos y malvas. Anduve por las calles hasta escuchar el tamborileo de unos tanamis. Siguiéndolos llegué a la playa, donde unos senegaleses tocaban. Vestían con telas de alegres estampados verdes sobre fondo amarillo ocre. Tocaban para ellos, sentados en la arena, sin importarles la gente que, como yo, se detenía a escucharles. El vaivén de las olas acompañaba la música y la luna se alzaba imponente. Tres de ellos tañían los tambores y dos les seguían palmeando, llevaban con las manos el ritmo de la música que se nos contagiaba. Permanecí allí, hechizada por sus miradas limpias, serenas, pese a que ellos también habían abandonado a alguien. Mi mirada estaba sucia de remordimiento. Le había roto el corazón a un hombre bueno, le había dado esperanzas de una vida juntos en vez de amor. Me sentía culpable y, aunque fuera más duro cargar con ese peso que volver con él, no iba a dar un paso atrás.

Aquella noche fue la primera que no me sentí sola, los pendientes me acompañaban como un amuleto guía y me proporcionaban una vitalidad extraordinaria. La luna brillaba más que nunca y el mar, como un espejo devolvía su reflejo multiplicando su esplendor. La brisa salada acariciaba mi cuerpo que aún retenía el aroma a incienso de la tienda pero ahora, se mezclaba con otro almizclado que me cautivaba. Sentía tan intensamente la música de los tambores africanos que resonaban dentro de mí. Uno de los senegaleses se levantó haciendo una pirueta y comenzó a bailar. Saltaba moviendo piernas y brazos con movimientos bruscos y rápidos. Mis pies también se movían, pisaban fuerte siguiendo cada golpe de tambor. Las piernas y brazos subían y bajaban como si quisiera ahuyentar los malos espíritus. Las palmas y el tam tam me animaban a bailar con las caderas, la pelvis, la cabeza. Con todo. La percusión me poseyó y danzaba sin poder detenerme. No era yo, era una fuerza interior la que me movía. El lastre de remordimientos que cargaba en la mochila, era una gran piedra que

no me permitía avanzar y a cada percusión, a cada salto, notaba que se iba deshaciendo, convirtiéndose en arena del desierto que se purificaría con la crecida otoñal del río Níger y se quedaría en las llanuras africanas cerca de un baobab milenario. Bailé hasta caer extenuada. Una mujer con grandes pendientes de pétalos dorados, como los míos, me susurró colocando la mano sobre mi cabeza: *Es una noche gozosa en que los bienaventurados se abren como una ánfora para llenarse de sabiduría.*

Cuando abrí los ojos aún no era de día. Estaba tumbada en la playa. Me sentía tranquila y ligera, liberada de la pesada mochila. El mar rizaba alegre sus olas y aunque los pendientes habían desaparecido, me sentí capaz de conducir mi propio destino.

Rosario López Pinto

NAVEGANDO ENTRE LETRAS

Yo soy navegante de la escritura. Así que aquel día de verano me embarqué en mi barco de pesca con la intención de pasar un día tranquilo leyendo sin interrupciones. Me adentré hasta donde la línea del horizonte se confundía con el cielo.

Había en el ambiente una calma chica, iba navegando sereno y tranquilo, disfrutando del día, viendo pasar las nubes claras confundiéndose en mi imaginación con diferentes formas de borreguitos y otros animalitos a los que la brisa y mi mente les iban dando forma.

De pronto pasé por medio de una nebulosa y mientras la atravesaba no se veía nada a un metro de distancia. Cuando la sobrepasé, me vi en un mar inmerso en un mar de letras que brincaban y saltaban felices.

Me veo en la proa de mi barco navegando en un mar de letras, viendo maravillado como con ellas se forman infinidad de palabras, que con las mareas se unen vocales y consonantes volviéndose a separar formando cada vez distinto sentido; algunas son divertidas y alegres, otras misteriosas y enigmáticas, incluso hay algunas antiguas, desconocidas y en desuso hoy en día, pero todas dicen algo en concreto.

De pronto hay un alboroto y en la tranquilidad del ambiente

se siente la tragedia, el aire se vuelve enrarecido, las letras se amontonan y apiñan, huyendo de algo. Miro al frente y veo un enorme móvil con forma de tiburón que con sus mensajes viene absorbiendo a todas las letras que se encuentra a su paso, de esta manera eliminándolas y formando palabras ininteligibles.

Ellas en su loca carrera huyendo del depredador intentan saltar dentro de mi barco. Algunas lo logran y otras no, así que miro cómo puedo ayudarlas. Yo cogiendo la red, recojo a las que no tienen todo el impulso necesario para saltar dentro del barco,

De esta manera el navío se va llenando de letras sin significado y de palabras incoherentes formadas al estar todas ellas allí apiñadas. El barco está medio hundido por el peso de todas las letras y tengo que buscar una solución. Doy órdenes a mis marineros para que pongan rumbo hacia otro mar más en calma, donde pueda dejarlas sin peligro de que desaparezcan bajo las garras de cualquier otro depredador.

Cerca de la tarde divisamos un profundo océano que rayaba el sueño de cualquier marinero. Sus aguas eran profundas y cristalinas con un azul que delataba una serenidad indescriptible. Miramos de Este a Oeste y de Norte a Sur, para ver que criaturas residían en aquellas aguas. Sólo vimos delfines y algún banco de pececillos multicolores, todos ellos inofensivos para mis letras y palabras.

Abrimos las compuertas donde estaban almacenadas las letras y las volvimos a sumergir en este mar en calma. Ellas contentas y alegres se pusieron a bailar. Empezaron otra vez a formar palabras hermosas y bonitas todas ellas con su significado.

La quietud y calma duraron poco, porque de repente vimos acercándose otra herramienta con forma de ballena, que con sus redes sociales (Twitter y Facebook etc.) daba coletazos y empezaba a desmontar nuevamente las palabras formadas.

Así que tuve que pensar en una estrategia para vencerla. Era demasiado grande y rápida para poder vencerla o huir de ella.

Fue cuando las letras decidieron formar un gran lazo y se juntaron todas ellas para rodearla. Se fueron uniendo las palabras enseñanza, unidad y esfuerzo, junto con tesón, y perseverancia.

Poniendo amistad y respeto, llegó la sabiduría, inteligencia, ilusión, Y de esta manera aprisionaron la gran cola de la ballena inmovilizándola para que no pudiera deshacer sus palabras sueltas.

Con otras más como ellas todas juntas, pudieron vencer a todas las redes sociales que estaban decididas a eliminar todas las palabras hermosas que se pueden componer integra y sin abreviaturas que no dicen nada.

De pronto desperté con un sonido familiar. Abrí los ojos. Tenía un libro abierto y el móvil en la mano. ¡Me había llegado un mensaje! (ns vms dsps—tkm) nos vemos después te quiero mucho.

Dolors Frigola Comas

PLUJA D'ESTELS

Quan la Berta va sortir de l'aigua, el darrer sol d'octubre començava a amagar-se rere uns núvols de color cendra. Feia estona que nedava sense parar: cinquanta metres, cent, cent cinquanta... Li feia l'efecte que el seu cervell, concentrat en comptar metres, es diluïa en l'aigua freda d'aquella piscina de l'exterior del Club nàutic, com un glaçó en un got de whisky. Així, s'assenenava, i els pensaments que la mortificaven passaven de llarg i fluïen, sense destorbar l'efímera pau del moment.

Va sortir de la piscina amb el cor esvalotat. Es dirigia cap a la banqueta, on hi tenia el barnús, quan va sentir l'impuls de girar-se. I, en fer-ho, la va veure. El seu cos es veia atlètic amb aquell vestit de bany negre que s'arrapava a la seva figura fent ressaltar uns pits petits i rodons. La dona caminava en direcció als vestidors amb una tovallola a les espatlles, mentre s'anava eixugant els cabells castanys amb moviments ràpids i enèrgics. En passar pel seu costat, unes minúscules perles d'aigua van esquitxar-la, i l'olor de clor, barrejada amb l'aroma fresc d'un xampú de lilàs, va escampar-se pel seu voltant.

El seu pas es veia insegur. La Berta va copsar una lleu coixesa a la cama dreta que l'obligava a una discreta cadència en el moviment dels seus malucs. Una cicatriu rosada s'estenia cama avall, tan

lineal i perfecta que semblava que algú s'hi hagués entretingut a dibuixar-la.

Havien coincidit algun cop al vestidor, però mai no s'havien intercanviat cap paraula. No sabia res d'aquella dona, i en sentia curiositat. Es preguntava per quin motiu practicava la natació, per més que intuïa que no deuria ser pel mateix que ella, que ho feia per recomanació de la seva ginecòloga. Capficada en aquests pensaments, li vingué a la memòria la darrera conversa.

–Aquestes coses, tard o d'hora, arriben. El cos és savi i té els seus motius –li deia la doctora amb decisió.

–Ja, però és que de cop sento com si tots els anys de la meva vida m'haguessin caigut al damunt. Només en tinc quarantacinc. Tu mateixa m'has dit que era força prematur –va dir la Berta, tot descordant-se la jaqueta i ventant-se amb una revista que va treure de la bossa.

La metgessa va anar desgranant un munt de suggeriments i acabà recomanant-li que fes natació: Sí, natació és el millor que podries fer.

Aquell dia la Berta va sortir de la consulta amb una llista ben llarga de propòsits, però no tan com la dels seus neguits. Feia massa temps que a casa s'hi sentia com dins d'un palau de gel on el glaç ho cobria tot: cuina, cambres, parets, mobles, llençols... però, ella encara necessitava creure que l'endemà el sol entraria per les escletxes dels finestrons i desfaria els blocs de gel del seu iglú particular.

De camí cap a casa, va parar a comprar quatre coses per al sopar. Per a ella, poca cosa: una mica d'amanida i fruita, però el seu marit era exigent en tot, amb el menjar també. Va veure la marca de vi que tant li agradava a ell. Va dubtar, però, sense rumiar-s'ho més, agafà l'ampolla.

Mentre l'ascensor pujava, la vista se li'n va anar cap el mirall que ocupava un dels laterals. Va fer el gest d'arreglar-se els cabells i, en fer-ho, s'espantà de la seva pròpia mirada. Era una mirada carregada de buidor. Una mirada grisa com un pou d'aigua seca. Un cop a casa, el primer que va fer va ser posar l'ampolla al congelador. A ell, li agradava fred. Molt fred, el vi. Encara amb

la jaqueta posada, va córrer cap a l'ordinador i va obrir el correu electrònic. N'hi havia un del seu fill. Abans de llegir-lo, els ulls ja se li van negar de llàgrimes. El trobava tant a faltar. Des que va marxar a estudiar fora, tot se li feia molt més feixuc.

Quan el telèfon va sonar, ja tenia el menjar enllestit. A l'altra banda de la línia, la veu l'avisava que no vindria a sopar. Aquell vespre hi havia partit. Es quedà uns segons quieta, amb el telèfon a la mà, mentre observava la taula parada amb les dues copes, i l'ampolla de vi blanc coberta d'una finíssima capa de gebre, gairebé imperceptible.

Va sopar la seva pròpia pena amanida amb unes gotes d'incertesa. I s'emportà la tristesa al llit com a única companyia.

I l'endemà va ser una còpia exacta del dia anterior, i el següent del següent endemà, i així un dia, i un altre... i un altre. I la tardor va obrir la porta a l'hivern, a pas molt lent, com les notes d'un adagio o d'un nocturn de Chopin.

Una d'aquelles tardes, en què va haver de fer un gran esforç per decidir-se a anar al club, en sortir de la dutxa, va sentir que la dona del vestit de bany negre se li adreçava.

– Em deixes l'assegador? –va dir-li amb certa timidesa.

– Sí, i tant –va contestar ella, tot remenant dins la bossa, una mica nerviosa. Asseguda al banc del vestidor es cordava els botons de la brusa amb discreció sense deixar d'observar aquella dona que, en aquells moments, posava el cap per avall per eixugar-se la llarga melena. La cabellera castanya es desplomà empesa per la força de la gravetat, mentre la Berta s'acabava de vestir i es passava un cop de pinta. Del banc estant, va distingir la petita lluna en quart minvant que duia tatuada a la nuca, fins ara amagada sota la cortina de seda dels seus cabells. Moltes gràcies, digué en acabar. De res, quan el necessitis, ja ho saps. Surts?, preguntà l'altra. Sí... encara duc els cabells molls... però... Es deia Selene.

– Selene? No l'havia sentit mai, aquest nom –va dir la Berta.

– Sí, no és massa corrent. És el nom de la deessa de la

lluna a la mitologia grega –respongué–. Va ser un caprici de la meva mare, una enamorada del món clàssic.

Les coincidències al club van ser cada cop més freqüents. No sabia què tenia aquella dona però hi havia alguna cosa que la feia singular. Potser la remor de la seva veu que sonava com el rierol quan acarona els còdols de la riba, o l'expressió del seus ulls, barreja de melangia i misteri.

La Berta feia dies que es notava estranya. No es reconeixia. Cada setmana esperava amb més impaciència que fos dilluns o dimecres. Anar al club es convertí en una necessitat; una finestra oberta per on respirar l'aire fresc i olorós d'un camp de ginesta.

Un diumenge assolellat de gener, la Selene la convidà a una exposició d'escultures antigues. El dia que li va dir, va dubtar, no sabia ben bé perquè. Al club s'hi sentia segura. Era el seu territori, però veure-la en un altre lloc la trasbalsava. Finalment, va acceptar d'anar-hi.

A la sala diàfana del museu, deu escultures blanques destacaven per damunt de tota la resta d'objectes. Les figures, blanques i vaporoses, transmetien tanta bellesa que convidaven a una contemplació pausada i cerimoniosa, sense presses, assaborint l'harmonia d'aquells cossos femenins.

Era la tercera començant per l'esquerra. La figura que simbolitzava Afrodita tenia una esquerda profunda en una braç, tan profunda que s'hi podien veure les vetes de marbre del seu interior. La Berta, en veure aquella imperfecció en aquell cos tan sublim, es va quedar perplexa, no podia deixar de mirar-la. Li feia pensar en la Selene, però no va gosar dir res.

Aquell instant va quedar atrapat per la llum blanca que desprenien els cossos de pedra i va obrir la capsula dels records.

I va ser allà on li va parlar per primera vegada de la seva cicatriu. Una marca de la vida, li va dir. Un segell que no em deixa oblidar per més que passin els dies i els anys. La Berta no es va atrevir a fer-li cap pregunta. En va tenir prou amb la seva mirada per entendre que això era tot el que la Selene estava disposada a explicar-li. I, sense adonar-se, va prendre un ble de cabells que li tapava el pòmul esquerre i li passà amb delicadesa per darrere

l'orella.

Així, el secret de la Selene va continuar fermat amb pany i clau dins d'aquella ferida. Mentrestant, els silencis les guarien i les converses s'anaven nodrint de poques paraules, i de moltes mirades. Mirades càlides i breus com les llàgrimes d'una nit de Sant Llorenç.

I va succeir un dimecres. Plovia. La Selene no duia paraigües i s'aixoplugà sota el de la Berta. Quan aquella li passà la mà per la cintura per acostar-se a ella, la Berta va sentir un tímid desig que la va fer vacil·lar. D'una revolada, va deslliurar-se d'aquell braç que la rodejava, però les papallones a l'estómac no van desaparèixer. No comprenia res. No s'entenia. O potser sí. Potser ara començava a descobrir què era allò desconegut que la perseguia d'un temps ençà i la feia sentir quasi feliç. Fos com fos, era incapaç de raonar, de posar nom a aquell miratge sobtat i màgic que per una banda l'atreia bojament i per l'altra l'obligava a rebutjar-lo.

* * *

Aquella primavera va irrompre de forma impetuosa escampant la seva olor de margarides per tots els racons de la terra. I la Berta va saber moltes coses que abans ignorava. Va saber que la

Selene havia deixat de tenir malsons, i ja era capaç de dormir tota una nit seguida sense despertar-se de sobte pels crits d'una dona, la seva mare. Va saber, també, que ja no necessitava prendre cap ansiolític diari per oblidar la caiguda per les escales d'una nit, quan només tenia quinze anys: el dia que el seu pare la va empènyer per fer-la callar. I va saber que, ella, acabava de capgirar el seu destí.

* * *

És una nit d'estiu. Una nit calorosa d'agost. La pols d'un cometa ratlla el firmament amb una pluja d'estels que creuen el cel de Barcelona. En un pis del Poble Sec, un ventim de matinada fa voleiar les cortines d'una cambra. El balcó, obert de bat a bat, deixa entrar la música llunyana d'una orquestra que toca els darrers compassos d'un bolero.

La Berta fa estona que s'ha despertat i ara li costa agafar el son. S'aixeca i, de puntetes, camina cap al terrat. Puja les escales a les fosques i, un cop dalt, nota la humitat de l'enrajolat sota els seus peus nus. Contempla els geranis ben florits, les clavellines de tots colors arrencades al llarg de la paret del fons, i les dues hamaques de ratlles verdes i blanques on s'asseuen els capvespres. Però, ara mateix, el que li ve més de gust és seure a terra, repenjada a la paret del cobert. S'abraça les cames i s'estira la camisa de dormir fins als genolls, protegint-se de la minsa frescor de l'albada. Això la reconforta.

Alça la mirada i la veu. Una lluna en quart minvant, que li recorda un tatuatge, brilla en un tros de cel que ha aconseguit manllevar a les estrelles. I li fa l'efecte que elles també han estat unes Perseides que han anat errant pel cel, desorientades i confuses, fins que s'han creuat una amb l'altra i han decidit baixar a la terra. La vista li queda atrapada en aquella immensitat de firmament, i se sent feliç, tant que gairebé li costa respirar.

Torna al llit i en pocs segons nota el recorregut d'un dit per la seva esquena dibuixant un interrogant. Llavors, ella, seguint el mateix ritual, es gira i traça una essa i una i.

I, de nou, s'abraça a la Selene i procura adormir-se. Llavors, se li escapa un sospir. Un sospir, llarg i profund, que portava tancat a dins feia molt, molt de temps.

Ajuntament  de Terrassa

Cultura

www.terrassa.cat/cultura

La **Cultura**
no s'aura

ATENEU

TERRASSENSC